

# EL CUADRO DE SAFO



DANA HART

Habíamos caminado por horas. Subir y bajar los cerros es lo que más desgasta. Teníamos dos mochilas en la espalda -más simbólicas que reales-, bastante pesadas.

Ni bien llegamos al centro de la ciudad, le pedimos permiso a una señora para usar el baño. ¡La naturaleza llama! Tuvimos la suerte de que fuera un pueblo hospitalario.

Caminamos, subimos, bajamos, y justo sobre una colina, vimos el hotel. No era nada lujoso. Pero se sentía cálido, desde lejos. Aceleramos el paso hasta que estuvimos en la puerta. Golpeamos y salió a abrirnos un personaje algo siniestro. Una señora, muy, muy alta, de cabellos estirados y actitud

ermitaña. Nos hizo pasar a la sala de estar.

Casi no esperamos nada, y nos condujo a una habitación, que dijo que era una de las mejores. Al llegar, siempre aparecen los pensamientos de: “¿Quién habrá estado en esta cama?”, “¿Las sábanas estarán limpias?”, “¿Cuántas arañas habrá tras la mesita de luz?”

No me había dado cuenta al entrar, para que no digan que la primera impresión es lo que cuenta.

Solo la noté después de echar dos o tres vistazos. Estaba detenida en un cuadro viejo. Era Safo. La reconocería donde fuera. Miraba de

frente hacia la cama, por eso no la noté cuando entré.

El pelo oscuro, recogido, sentada sobre lo que parece un incómodo sillón de mármol, usando un vestido color durazno.

Había leído sobre ella, Safo de Mitilene o Safo de Lesbos, una poeta griega, destacada por el mismísimo Platón.

Fue desterrada por un tirano y tuvo una vida sexual muy activa. Símbolo del amor entre las mujeres.

De inmediato me pareció que esta, era la habitación correcta. Una sensación erótica me recorrió las piernas.

Tampoco tuve mucho que esperar, hasta sentir las palmas de unas manos, los dedos, acariciar mi abdomen, mi espalda, la parte hundida de mi columna vertebral.

Yo necesitaba desesperadamente sentir, el cuerpo desnudo de alguien, para recordar que afuera todavía hay humanidad. Abracé, besé y apreté.

Ya no me quedaba nada que esperar. Amanecí, anclada a su pecho. Bebí, por tantas horas su sabor, que cambió el aroma de mi cuerpo. Pedí y pedí que aquello no se terminara nunca. Pero Dios no tiene oídos. Dejamos la habitación y el cuadro de Safo, se convirtió en nuestro único recuerdo.





**Imagen de Portada de:  
@marialopezff\_**



**Dana Hart**  
[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)